

Leg 24/cuadern 3º 1877 9323

LA RECOMPENSA ♦ ♦ ♦ ♦ ♦

♦ ♦ ♦ DE UNA BUENA ACCIÓN



♦ ♦ ♦ POR J. I. JEANNE ♦ ♦ ♦ ♦

UVA. BHSC. LEG 24-3 n°1877

14-7.5297.

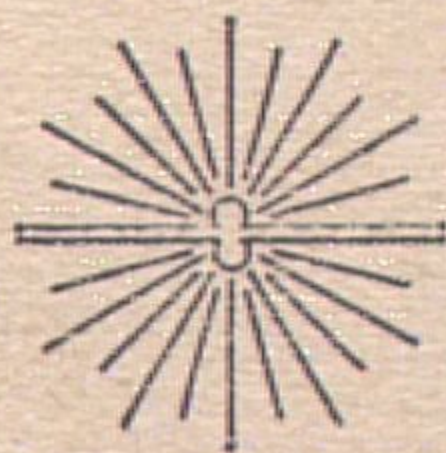
LA RECOMPENSA DE UNA BUENA ACCIÓN

УВА. ВНС. ЛЕГ 24-3 n°1877

LA RECOMPENSA DE UNA BUENA ACCIÓN

POR

J. I. JEANNE



MADRID
Imp. de Isaac Martínez,
Calle de Silva, 10.

1912

UVA. BHSC. LEG 24-3 n°1877

HTCA

U/Bc LEG 24-3 n°1877



1>0 0 0 0 6 5 5 4 3 9

Es propiedad.

CON LICENCIA ECLESIASTICA

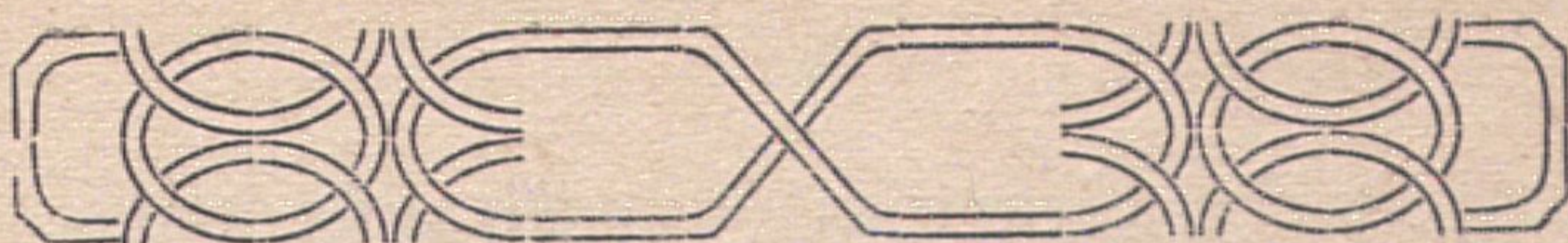
Al señor Jefe y operarios de la Fábrica de Tabacos.

Que este humilde libro, que tengo el gusto de ofrecer al señor Administrador y cigarreras de la fábrica merezca la aprobación de tan simpático personal, son los deseos más fervientes de su autora,

J. I. Jeanne.

Noviembre, 26 1912.

UVA. BHSC. LEG 24-3 n°1877



CAPITULO PRIMERO

Finalizaba el año de 1865. En una casa de la ronda de Atocha, que constaba de cuatro pisos, y en cada uno de éstos había un corredor con puertas numeradas, habitaban infinidad de obreros de todos los oficios, pero en su mayoría eran operarias de la Fábrica de Tabacos, que en aquella noche se preparaban á despedir el año con una buena cena, y su correspondiente trago, para saludar al nuevo.

En el número 1 del piso principal habitaba una maestra de la Fábrica, que á pesar de sus cincuenta años, no aparentaba más de treinta y cinco ó cuarenta; había sido muy hermosa, y todavía conservaba algo de esa hermosura; era una de las más antiguas en la Fábrica; su madre

también fué cigarrera, y desde niña, enseñó á su hija el oficio. La señora Pepa (como la llamaban las compañeras) era querida y respetada por todos, por su bondad, y siempre que alguna tenía penas ó disgustos, se los contaban á la señora Pepa, que después de aconsejarlas, las consolaba, con el cariño de una madre.

Cuando tenían algún disgusto en la Fábrica, allá iban todas á quejarse al señor gobernador, capitaneadas por la señora Pepa, que también era la que, en nombre de sus compañeras, hablaba á la primera autoridad, y lo hacía con esa gracia y gentileza que es peculiar en las madrileñas, sobre todo, si son cigarreras, y, como es natural, siempre eran atendidas en su demanda y admiradas cuando atravesaban las calles con la gracia que las distingue.

En aquellos días todas las vecinas gastaban sus ahorros de los doce meses para festejar las Navidades, y se puede asegurar que si los ricos tienen más exquisitos manjares y mejores vinos, no gozan ni se divierten tanto como las pobres, que al gastar lo que tanto trabajo les costó ganar, sólo piensan en disfrutar, sin preocuparse del mañana; ¿para qué?; mientras hay salud, se trabaja; cuando ésta falta, se resigna uno..., ó se va al Hospital.

Por los corredores, infinidad de muchachos tocaban tambores y panderetas, mien-

tras los jóvenes cantaban villancicos. Cuando mayor era la algazara, una niña, de unos seis años, que había bajado del piso cuarto, llamó en la puerta de la señora Pepa; ésta, al verla llorar, la dijo con cariño:

—¿Qué tienes, mi pobre Germana? ¿Por qué lloras?

—¡Oh, señora Pepa! Es que mi madre está muy mala.

—Espera, y no te aflijas; será que, como de costumbre, no habrá querido comer; voy por un poco de caldo, y se lo subiremos; eso la aliviará.

Y entrando de nuevo en la casa, lo preparó, llevando también una copa de Jerez. Cuando atravesaron el corredor, gritó á los pequeños:

—¡Vamos, dejad el paso franco, y no hagáis ruido, no estamos para músicas!

Los muchachos obedecieron, y todo quedó en silencio.

... ..
Adelina Ibáñez se había casado á los diez y siete años, con un carpintero, hombre de bien á carta cabal, que sólo tenía veinte; los dos, jóvenes, y queriéndose desde que eran niños, podía esperarse el que fuesen completamente dichosos; mas no fué así: la constitución débil del marido le hacía estar siempre enfermo, y cuando al año de casados dió á luz Adelina

una hermosa niña, su pobre Antonio (que era el nombre del carpintero) llevaba dos meses en cama, de la que no volvió á levantarse, muriendo cuando Germana tenía un mes.

La pobre viuda vendió lo que tenía de algún valor, para el entierro, y gracias á una buena recomendación, fué admitida en la Fábrica de Tabacos, donde conoció á la señora Pepa, que con su buen corazón, se compadeció de ella, y la enseñó el oficio, socorriéndola, además, en muchas ocasiones; la pobre no disfrutaba tampoco de mucha salud, pues desde los diez años, que había quedado huérfana, hasta que se casó, pasó tantas privaciones y disgustos, que adquirió una grave enfermedad al corazón, que la muerte del que tanto quería aumentó su gravedad; muchos días tuvo que dejar el trabajo y volverse á su casa, donde pasaba dos ó tres días, y Dios sabe lo que hubiera sido de ella sin la caridad de su amiga.

Esta era la enferma á quien la señora Pepa subía el caldo, creyendo que el mal no sería mayor que otras veces, pero al entrar en la alcoba de Adelina y ver la palidez de su cara, quedó parada, sin atreverse á hablarla; parecía una muerta. Al fin, procuró serenarse, por no asustar á la niña, y acercándose á la cama, dijo jovialmente:

—¿Ya estás como siempre? ¿A que no has comido? Vamos, toma este caldo, está muy bueno.

La pobre joven fijó los ojos en su buena amiga, y una lágrima asomó á sus hermosos ojos, moviendo negativamente la cabeza, pero sin hablar.

Pepa dejó la taza sobre una mesita, y saliendo del cuarto, fué á llamar á otra compañera, suplicándola avisara un médico, aunque costara caro; después, volvió junto á la enferma; ésta había cerrado los ojos, pero, por su respiración anhelante, se comprendía que no dormía.

La maestra trató de hacerla beber algunas gotas de jerez; pero Adelina, con los dientes encajados, no tragó una sola gota. La niña, sentada á los pies de la cama de su madre, la miraba fijamente, y viendo que la señora Pepa se había sentado cerca, la preguntó:

—Duerme mamita, ¿verdad?

—Sí, querida; está durmiendo, y tú debes hacer lo mismo; ven que te acueste.

—¿Pero me llamará usted cuando despierte?

—Desde luego; duerme tranquila.

La desnudó, y después de taparla bien en su camita, volvió á sentarse, no perdiendo de vista á su enfermita. El tiempo transcurría, y el médico no llegaba, y ella no sabía qué hacer para aliviar el sufri-

miento que se veía marcado en el semblante de aquella desgraciada... La niña, después de dar mil vueltas en su cama, se había dormido, lo que fué un consuelo para la señora Pepa, que no auguraba nada bueno del estado de la enferma. Al dar la primera campanada de las doce en un reloj antiguo de pared que había en la habitación, Adelina abrió los ojos, miró espantada por todas partes, como si buscara algo; luego, los fijó en la camita de su hija, quiso levantarse, hablar, y cayó pesadamente en la cama.

La señora Pepa, desde el primer momento, la había sujetado entre sus brazos, y cuando se deslizó de ellos al caer, la tocó, escuchó si respiraba...; todo había concluído, estaba muerta...

Cerró piadosamente sus ojos, que aún estaban abiertos, y sollozando, cayó de rodillas y rezó.

... ..
Algunos minutos después llegó el médico, acompañado de la joven cigarrera que le fué á buscar.

La señora Pepa se levantó, enjugándose los ojos, y le dijo:

—Llega usted tarde; mi pobre amiga se fué con el año.

Aquella entrada del año 1866, las cigarreras y otros obreros que vivían en la casa, la pasaron velando por turno el sue-

ño de la huérfana y el eterno de su pobre madre.

Al amanecer, la señora Pepa propuso á sus compañeras hacer una suscripción entre todas para que la pobre amiga que habían perdido, tuviese un nicho, donde su hija pudiera llevar flores; todas aprobaron la idea, y cada una depositó en poder de la maestra lo que sus recursos permitían; la señora Pepa encabezó la lista con cinco duros; un albañil, que había velado á la pobre Adelina, se acercó á la maestra, y le dijo:

—¿Podemos también nosotros dar algo para esa buena obra?

La señora Pepa, emocionada, contestó:
—¡Oh! Ciertamente que sí; y que Dios os lo pague. Entonces, aquel hombre de corazón, cogiendo su gorra, que había dejado al entrar sobre una silla, fué con ella en la mano á todos sus compañeros, los que sin titubear, fueron echando en ella lo que tenían; el albañil sacó cinco pesetas del bolsillo, que fueron á unirse á las de los demás obreros; después, echó su contenido en la falda de la señora Pepa, que contaba lo recaudado; ésta cogió la mano de aquel honrado obrero, y se la estrechó, diciendo, al mismo tiempo que señalaba al cadáver, que con la blanquecina luz del amanecer parecía de cera:



Germana.

—Ella pedirá por ustedes en el Cielo, y yo en la tierra. Gracias.

Después contó su capital, y añadió:

—Casi tenemos bastante; pero las demás compañeras y nuestro jefe, tienen derecho á unirse á nosotros en esta buena obra, y voy á verlos.

Y así diciendo, bajó á su casa á vestirse; diez minutos después, salió á cumplir este triste deber, y tratar con el jefe la hora en que debía hacerse el entierro...

De vuelta de haber acompañado á su compañera, cuyo duelo presidió el señor administrador, la señora Pepa, dando la mano á Germana, que no cesaba de llorar; con el delantal y toquilla negra que le habían comprado, parecía más pálida y enflaquecida, por el dolor; la maestra trataba de consolarla inútilmente. El administrador se acercó á ellas, y dijo á la maestra:

—¿Quieres que recomiende al director del Hospicio esta pobre niña?

—¿Al Hospicio? ¡Oh, no!—dijo la pobre mujer.—No tengo á nadie á quien querer; en adelante, Germana será mi hija, y nada le faltará, os lo aseguro.

—Eres muy buena, y te felicito; haces bien; y si me necesitas, cuenta conmigo.

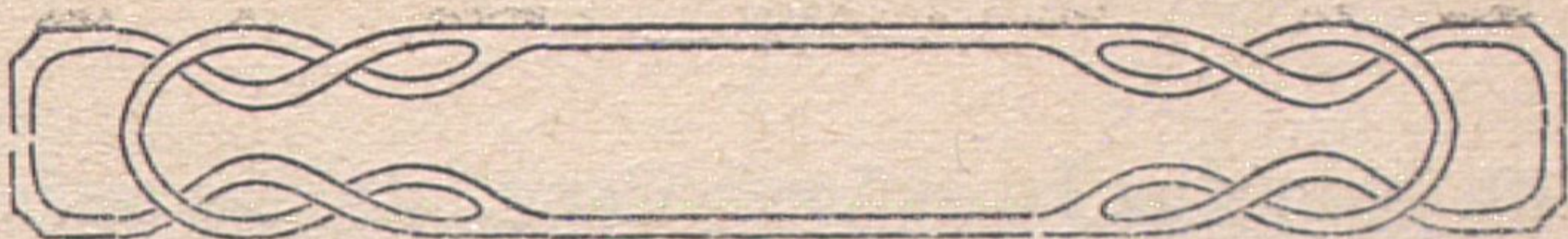
A los pocos días tuvo que cambiar de casa la señora Pepa, porque la niña siempre que subía la escalera se quedaba mi-

rando hacia el cuarto cuarto, como si esperase ver bajar á su madre; después, entraba en casa de su bienhechora, donde, en la actualidad, vivía, como es de suponer; y permanecía con la cabeza baja, insensible á todo.

Antes de salir de aquella casa la señora Pepa, vendió los humildes muebles de Adelina, menos la camita de la niña y un cuadro de la Virgen de la Soledad, que la difunta tenía en gran estima; sacó de la venta 42 pesetas, que puso en el Monte á nombre de Germana, y cuando una compañera la dijo:

—Debías haber dejado esa cantidad para decir unas misas á la pobre Adelina, ella contestó:

—Descuida, las misas se le dirán, y será en la Paloma, que es nuestra Patrona; pero se las pagaré yo, y así lo hizo al mes de la muerte de la madre de Germana.



CAPITULO II

Hasta que la niña tuvo doce años, su protectora la mandó al Colegio; y cuando al llegar á esa edad, la niña sabía lo más elemental, la llevó consigo á la Fábrica y la enseñó el oficio, que no tardó Germana en aprender.

Al contrario de sus padres, tal vez por los cuidados de su madre adoptiva, Germana era fuerte, tenía hermosos colores, era verdaderamente preciosa.

A los diez y ocho años, se casó con un joven de veinte, de oficio mecánico, llamado Andrés Oliva, al que quería mucho la señora Pepa, porque le había visto nacer.

La madre de éste fué también cigarre-

ra, y cómo la señora Pepa, de las más antiguas en el oficio.

Con la entrada de Andrés en la familia entró la alegría en la casa, pues éste, de un carácter bromista y alegre, no conocía la tristeza. Desde el primer día de su matrimonio, llamó á la maestra mamá Pepa; decía que eso era más fino y cariñoso.

Cuando le sentían subir la escalera, cantando ó silbando, decía la señora Pepa:

—Ahí viene ese *torbellino*, y el aludido entraba, hacía dar dos ó tres vueltas al abrazarla á su mamá Pepa, daba un beso á su mujer, y pedía á gritos la cena.

Al año de casados vino al mundo un robusto niño, y su padre, cogiéndole en brazos al volver del trabajo, le dijo:

—Buenas noches, señorito; ¿cómo se entiende? ¿Se figura que es bonito entrar en una habitación dando berridos y sin saludar á su abuela y á sus padres? No lo olvide usted, Sr. Roque, que ese es el nombre, propiamente dicho, con que será usted conocido en el mundo.

—¡Roque!—gritó Germana desde la cama.—¡Qué nombre tan feo! ¿Verdad, madre, que no se llamará así?

—Déjale que diga lo que quiera, yo seré la madrina, y se llamará Andrés, como su padre.

—No, madre, no, tampoco quiero que



se llame así; todos los Andreses son medio locos. Póngale usted Pepe, como usted, eso me gusta más.

—Perfectísimamente. Ponganle ustedes como gusten; hay que ser galante con las damas; pero tengan por seguro que Roque es un nombre muy distinguido; como que se llamaba así un personaje de no recuerdo qué zarzuela que vi cuando era soltero é independiente.

La nueva casa en que vivían era más alegre y bonita; estaba situada en la calle de Embajadores, y tenía un balcón á la calle, en el que la señora Pepa había colocado varias macetas, porque á Germana le gustaban mucho las flores.

El día del bautizo, todas las compañeras de Pepa y Germana fueron invitadas, y no fueron pocas las que llevaron un pequeño regalo á la madre y al recién nacido, porque, como rumbosas, no las hay en ninguna clase de obreras como las cigarreras, que cuando se trata de una diversión ó una obra de caridad, no dudan un momento en gastar su dinero, que tan fatigosamente ganan.

En el momento en que con una copa de cariñena en la mano se disponía Andrés á brindar por el nuevo ciudadano, se presentó un muchacho y le dijo:

—Sr. Andrés, me manda el Sr. Saturnino para que vaya usted en seguida, por-

que el Sr. Pepe está en Vallecas, y se le ha descompuesto no sé qué maquinaria, y no tiene quien se la arregle.

—¡Imposible, muchacho! Ya ves que tengo recepción en mi casa. Cómete un dulce, bebe una copa á la salud de ese muñeco (dijo señalando á la cuna), y vuelve á decir á mi querido amigo Saturnino que se venga á comer un dulce con su mujer y los amigos.

—Allí no queda más que el Sr. Leoncio y el Sr. Justo.

—Bueno, pues que vengan; espera—añadió viendo que el muchacho se disponía á marchar.—Llévate unos dulces para Pedro y Tiburcio, puesto que ellos no podrán venir, y así diciendo, envolvió unos cuantos en un papel.

—Ahora gira, y que no tarden.

—Gracias, Sr. Andrés, y que de hoy en un año, se repita la fiesta.

—No lo permita Dios—dijo Germana, asustada.—Basta con éste.

UVA. BHSC. LEG 24-3 n°1877



CAPITULO III

Han transcurrido treinta años desde la muerte de Adelina.

Germana está hermosísima, y *Torbellino*, que ha engordado bastante, la quiere cada día más.

Ahora sólo él lo gana, pues la señora Pepa, que ha llegado á los ochenta años, gracias á su robusta constitución, desde el nacimiento del niño no la permitieron volver al trabajo.

¡Bastante había trabajado! ¡Ya era hora que descansara! ¡Y aunque no los *aparentaba*, tenía sesenta y cuatro años!

Mucho trabajo costó á sus hijos conseguir esto, pero, al fin, y por encargarse del cuidado de Pepito, accedió; es decir,

que dejó el trabajo, porque á la fábrica iba todos los días, pasando allí casi las horas de costumbre, con pretexto de llevar al niño, á quien criaba su madre.

Esta vida ociosa, á la que no estaba acostumbrada, la hizo engordar demasiado, y poco á poco fué perdiendo su agilidad, haciéndose tan pesada, que después de algunos años ya no se movía de casa, y cuando los días festivos, Andrés, dándole el brazo, la obligaba á salir de paseo, á los pocos pasos se fatigaba, y había que entrarla en un café á que descansara; á pesar de todo esto, su salud era incomparable; comía mucho, y jamás la hizo daño ningún exceso.

Cuando cumplió setenta y cinco, tuvo un ataque á la cabeza, que la obligó á pasar cerca de un mes en cama, teniendo Germana que traer una asistente que la cuidara, mientras iba ella á su trabajo.

Gracias á su fortaleza, se salvó, pero salió de la enfermedad convertida en una niña, á quien había que vestir y desnudar.

Su carácter bondadoso se reveló como nunca en aquella ocasión, porque sentada siempre en un sillón, sin poder hacer un solo movimiento por el entorpecimiento en que la enfermedad la había dejado, ni podía mover casi los brazos, ni se daba cuenta de su estado; reía, sin saber por

qué; no se enfadaba jamás, y sus ojos, siempre bonitos, se fijaban con cariño en los seres que tanto quería; algunas veces llamaba Andrés al niño y Pepe al padre; otras se olvidaba del nombre de su hija adoptiva, y gritaba:

—¡Tú, tú, muchacha, ven!

Desde que se curó de su enfermedad, también tuvo Germana que despedirse de la fábrica; tenía que cuidar de la señora Pepa; las compañeras la aconsejaron la llevara á un Asilo, puesto que, en realidad, no se daría cuenta ella de este cambio, pero como este consejo lo dieron delante de la señora Pepa, cuando Germana contestó:

—¿A un Asilo mi madre? Jamás, mientras yo viva. ¿Me mandó ella al Hospicio cuando quedé huérfana? No, ¿verdad? Pues mi obligación es seguir su ejemplo.

Y al ir á acercarse á su madre para abrazarla, vióla tan conmovida, y con las lágrimas en los ojos, que arrodillándose delante de ella, besó sus manos diciendo:

—Vive tranquila, madre mía, no te separarás nunca de mi lado.

Las cigarreras, conmovidas por ver la emoción de su querida maestra, cuando creían que no sentía ni padecía, se acercaron, á su vez, á ella, y la de más edad dijo:

—Tiene razón Germana; no debe se-

pararse de su madre, á quien también nosotros queremos, y hemos hecho mal en darle un consejo tan malo; pero todos creíamos que había perdido por completo la cabeza, y ahora vemos que ésta y el corazón siguen como siempre; nos oyó, y sin querer, la hemos hecho sufrir; y dirigiéndose á la maestra, añadió:

—Nos perdona, ¿verdad, señora Pepa?

Por toda contestación, aquella noble mujer dirigió una cariñosa mirada á las cigarreras, sonriendo, á través de sus lágrimas, y las dijo:

—¡Ya sabía yo que mi hija no me abandonaría!

La cosa no marchaba tan bien; faltaban aquellos dos jornales, cuando habían aumentado los gastos con Pepito, á quien se daba educación, pues Andrés quería que estudiara para maestro de escuela, porque deseaba que hubiese algún sabio en la familia.

A los ochenta años seguía la señora Pepa en el mismo estado; sólo que al presente ya no se da cuenta de nada; con una indiferencia, de que sólo la saca Andrés cuando al regresar del trabajo la trae algún dulce, ó pasteles; entonces se la ve reír con una alegría infantil, cuando la dice el obrero:

—¿Te gustan las golosinas, eh? Pues

no tengas cuidado, mamá Pepa, que éstas no te han de faltar, si Dios quiere.

Así vivió aquella buena mujer cinco años más; al cabo de ese tiempo un día se sintió mala, y no la levantaron; avisaron al médico, el cual dijo:

—No tiene más que años, que es la enfermedad para la que no hay remedio; dejadla en la cama, y que coma lo que quiera; no padece, os lo aseguro, pero ya le queda poco tiempo de vida, y la única medicina que necesita, es los cuidados que tenéis con ella; sin embargo, para tranquilizaros, voy á recetarla un vino que la dará algunas fuerzas; es todo lo que la ciencia puede hacer por una persona que no tiene ningún órgano dañado, que cuenta ochenta y cinco años, y pasó su vida trabajando desde niña.

Pocos días después de este diagnóstico del doctor, la señora Pepa moría, rodeada de sus hijos y su nieto, sin sufrimiento, y con la muerte del justo.

A su entierro fueron todas las cigarreras, y el nuevo administrador (pues el otro había muerto hacía muchos años), que sabía lo mucho que había valido aquella mujer, como obrera y buen corazón: acompañó también á la que tantos años fué maestra de la fábrica, hasta su última morada.

Así Dios recompensó su buena acción de amparar á la pobre huérfana, encontrando en la vejez el cariño y el consuelo de que sus hijos no la abandonaron, ni después de muerta, pues Germana llevaba con frecuencia flores á la que le sirvió de madre, y en aquel pobre hogar no la olvidaron nunca.



CONCLUSION

Desde la muerte de la señora Pepa, Germana volvió á la fábrica, con gran contento de sus compañeras, que la querían sinceramente. Su hijo Pepe, que ya contaba veinte años, estaba para terminar la carrera. Andrés ya no bromeaba tanto como antes; pensaba sin cesar en la difunta; además, de que con los años se había vuelto más formal. Ahora era Pepe, que se parecía en genio y figura á su padre, el que revolvía la casa, no perdiendo ocasión de procurar que sus padres estuvieran alegres, pues su carácter no se adaptaba á la tristeza que dominaba en éstos.

Una noche que estaban reunidos algunos vecinos en casa de Andrés, dijo un anciano-

no que tenía el taller de sastre en el piso bajo:

—Cuando esta mala cabeza se case, les va á parecer á ustedes que la casa está desierta, y entonces, sí que verán lo que es sufrir, lo sé por experiencia; porque cuando mi hjia se casó, pasé muchos días tan triste, que creí que iba á morirme de pena; gracias á que entonces tenía mucho trabajo, y eso me distrajo, que si no...

—No hay más que una dificultad—contestó Pepe—y es que yo no me casaré nunca, y verá usted por qué: jamás faltó á lo que á mí mismo me prometo, y tengo el propósito firme de no casarme mientras vivan mis queridos padres, y como espero que Dios me conceda que vivan tanto como vivió mi abuelita, resulta que ya seré también demasiado viejo para contraer matrimonio. Ya ve usted, querido vecino, que si no me muero, la casa tendrá siempre esa alegría que faltó en la de usted; su hija de usted se casó, porque las mujeres, desde que nacen, no piensan más que en eso, en tanto que los hombres, no nos preocupamos, y hasta evitamos en lo posible que nos *pesquen*, y lo que es á mí, esté usted seguro de que no me *pescan*.

—¡Quién sabe!—dijo Andrés.—También yo pensaba como tú, y á los veinte años me casé con tu madre, y no tengo por qué arrepentirme. ¡He sido tan feliz

á su lado... y aún lo somos hoy, á pesar de ser ya viejos! ¿No es cierto, mi querida Germana?

—¡ Ah, sí, ciertísimo! Pero nuestro hijo, al decir que no se casará mientras vivamos, nos da una prueba de cariño tan grande..., que me hace feliz, porque prueba que tiene un hermoso corazón.

Pepe, cumpliendo su palabra, no se casó; tiene un Colegio muy acreditado, y vive con sus padres, que ya no trabajan porque su hijo gana para todos, y aún guarda de reserva bastante, para el día que, como él dice, haya que sufrir alguna enfermedad.

Un día su madre le rogó que se casara.

—¡ Sería tan dichosa—le dijo—si tuviera un nieto!

—Ya veremos más adelante—le contestó Pepe—; si me decido será con dos condiciones: que no me he de separar de vosotros, y que la compañera que elija sea cigarrera; son las mujeres mejores. Como no la consentiré que trabaje, nos hará á mi padre y á mí los cigarros, para que no olvide el oficio.

Dos años después se había casado, y se cumplieron las dos condiciones: su joven esposa era cigarrera, y el nuevo matrimonio vivió con los padres de Pepe.

FIN

OBRAS DEL MISMO AUTOR

	<u>Pesetas</u>
El Milagro de la Virgen, (6. ^a edición)	0,25
Bartolomé. Memorias de un huérfano.	0,25
Cañamón (6. ^a edición)	0,30
El burro blanco	0,30
El Nacimiento	0,50
Montserrat	0,50
Un viaje á Holanda	0,50
La muerta aparecida	0,50
Andrea	0,50
Margarita (dos tomos)	2,50
(PARA PUBLICAR EN BREVE)	
Las golondrinas.— El Nido. — Revelación de un sueño.— ¡Pobre Rafael!	
La mala acción (en un tomo)	2,00
Nochebuena	0,50
Mi Periquito	0,25
Una rosa	0,50

УВА. ВНС. ЛЕГ 24-3 №1877



Precio: **30** céntimos.

